
JOSÉ DONOSO

El Mocho

Madrid, Alfaguara, 1997, 222 p.

La desaparición de José Donoso significaba la pérdida de quien, desde la literatura, ha reflexionado sobre la construcción de la identidad de una de las jóvenes naciones de América del Sur que, antes de tener tiempo para cuestionar su heterogénea y tumultuosa esencia, se ha visto impelida al vertiginoso mundo de la economía mundial. Donoso observaba que su tribu se plantea el qué tenemos antes del quiénes somos. Sociedad imbuida en la marginalidad o en el hipócrita juego de apariencias, apenas sin término medio, tan preocupada está por representar a pequeña escala la imagen del jaguar de América. Pobres sus poetas, mirados de soslayo cuando no son simplemente ignorados en la sociedad santiaguina.

El libro póstumo del famoso escritor chileno, autor de más libros que *El obsceno pájaro de la noche*, plantea la necesidad de reconstruir el pasado del país y de su gente. Pero el suyo, que es un discurso indagatorio y no oficial, literario y sin pretensiones históricas, no se preocupa de guardar fidelidad a los hechos. Sus novelas entretejen conjeturas, crónicas oficiales y populares, tradiciones y supersticiones con el caudal de la imaginación.

La historia de *El Mocho* se ubica en un mísero pueblo minero de la X Región, la Araucanía. Sus habitantes, que viven del mineral que consiguen arrancar a las entrañas de la tierra, y de la bondad del mar, están sujetos más que nunca a los elementos: su capacidad de utopía es cada vez más improbable tras el episodio de los desaparecidos. Han pasado los tiempos en que don Iván, hijo de los primeros aires comunistas que se respiraron en el pueblo, aunaba las protestas contra las duras condiciones del trabajo en la mina, que sirve para enriquecer al patrón y financiar su vida de boato en París. Su mínimo poder de convocatoria aún inquieta a la Empresa, pero los obreros ya no piensan en política sino en las reducciones de personal, que les obligan a bajar la cabeza ante cualquier abuso: “¡Mira que venir a agitar a esta pobre gente que no tiene otro



capital que su trabajo y que, por culpa de la política, puede perderlo todo si los despedimos de la mina! Pero no te preocupes mucho, que no va a pasar nada. Nunca pasa” (p.97). Irónicamente, los aspirantes al yugo se entretienen compartiendo un cigarrillo “o el último chiste obsceno contra el gobierno, la única forma de rebeldía que les va quedando” (p.88).

La neutralización de la lucha de clases no es la única forma de sumisión. El personaje de la Elba sufre en carne y espíritu la desigualdad de género. La mina se identifica con el útero, en el que el hombre cava buscando su venganza, sometiendo en lugar de ser sometido, agrediendo con su picota el receptáculo pasivo de su placer, puesto que “una actitud que no fuera la docilidad sería una transgresión, la impudicia inaceptable de un cambio de roles” (p.105). La transgresión. La melena de la Elba, negra como el carbón, es a la vez símbolo de su ser mujer y de su rebeldía: bajar a la mina, espacio prohibido supersticiosamente a las mujeres, representa el desafío, la ruptura del tabú y la invasión a los sótanos exclusivos de los hombres para alcanzar el placer... de la transgresión. Pero Elba no es lo bastante fuerte y cae tras su iniciativa, debiendo “feminizarse de nuevo como víctima pasiva” (p.122) y arrastrar la culpa de las desgraciadas consecuencias.

El poder —de clase, de género— anula al individuo, lo reduce a la sumisión al otro, sea el patrón o el hombre. Pero aún otras posiciones respecto del poder pueden inducir a crisis de identidad distintas a las representadas por don Iván y la Elba. Arístides, llamado el Mocho por su truncada vocación religiosa —mocho es el grado más bajo en la jerarquía eclesiástica—, se siente a sí mismo como un ser híbrido, que aspira a la pertenencia a un linaje que no lo reconoce legítimamente. Éste consigue insuflar sus inquietudes al hijo de la Elba, Toño, mediante una especie de apadrinamiento espiritual, que le conducen a un proceso de inadaptación al medio. Toño rechaza de plano su destino en función de la mina o la pesca y, transitoriamente, al igual que Arístides, encuentra refugio en los oropeles religiosos entre los que se mueve como dueño y señor de la capilla, convirtiéndose en el Mocho Chico.

Todo un conjunto de personajes están estigmatizados por su relación espuria con la familia de los Urizar. Desde que el menor de los hijos del magnate, don Blas, paciente en algún grado de ciertas taras psíquicas, fecundara a una mujer del pueblo, la descendencia bastarda quedaría marcada por la necesidad de definir su lugar en el mundo: la Canarito, cuyos cabellos rubios anunciaban a voces su origen, acabaría casándose con el pescador más pobre del pueblo para buscar su anonimato en la integración en la mayoría; la Elba o el padre de

Arístides llevan una vida apartada de sus vecinos para evitar preguntas sobre su ascendencia; los “mochos” sobreviven como pueden a su pobre realidad mientras sueñan con unos modos de vida que quedan muy lejos de sus posibilidades. De toda esta casta de desclasados, son éstos últimos los que vivencian de manera más intensa la indefinición de su identidad. La anomalía de su supuesto progenitor fue el motivo que determinó su marginación en la historia oficial de la familia, de manera que el narrador maneja, como decíamos arriba, datos inciertos al reconstruir la memoria de sus orígenes.

La novela va recogiendo, pues, una serie de personajes marginados en algún sentido. La degradación, de hecho, es el nexo que une al personaje protagonista y narrador de la historia con el resto de personajes: con el enfermizo Toño; con don Blas, porque es el fallo en el linaje que le desmitifica y acerca el mundo de los Urizar; con la Elba, con quien comparte una silenciosa complicidad: “...pero don Arístides es sucio junto conmigo, y degradado —¡oh, el descanso de ser degradada junto a un igual!—, él y yo deseándonos, porque ambos aceptamos el desprecio” (p.106).

Otro personaje marginal por sus sucesivos oficios (artista y prostituta pero, sobre todo, ¡artista!) es la Bambina. Su trayectoria es totalmente alternativa en relación al poder. Arístides, a su lado, encuentra la oportunidad de conocer la libertad, tal como reconoce cuando tiempo después cambia su vida nómada para emplearse en la Empresa a costa de convertirse en el soplón, vendido a los intereses del más fuerte, con quien empecinadamente se identifica.

No en vano los diversos personajes van apareciendo y desapareciendo en función del Mocho. El relato, su relato, que a menudo alterna la tercera persona con la primera, se muestra continuamente entonado. Continuamente escuchamos voces que subsumen otras voces reproduciéndolas o enfrentándolas en un diálogo que no existe entre los personajes sino entre sus discursos representados en el interior del narrador protagonista, en un intento de reconstruir su memoria y su identidad, siempre cambiante, mediante la narración. Arístides, con su viejo catalejo, va enfocando a los distintos personajes, a quienes oímos hablar, pensar y a quienes vemos actuar según fija en ellos su mirada. La voz enunciativa, que se ubica y se desubica temporalmente en varios momentos, va adquiriendo cada vez mayor carga narrativa, principalmente en los episodios que recuperan el pasado de Arístides, a la vez que va perdiendo inmediatez y ganando distancia en la perspectiva. Si en principio vemos (o escuchamos) lo que Arístides ve por su catalejo, finalmente vemos al hombre que mira a través de éste, o al hombre que ya no mira: “La vista del Mocho se nubló.



Quería el catalejo, para poder mirarlas, para poder verlas como las veía antes. ¡Ahora las veía poco!” (193).

La narración de *El Mocho* acaba hilvanando finales alternativos y sucesivos al mismo tiempo. Resulta entrañable el reencuentro de la ya vieja Elba con Arístides y Bambina, que les ayuda a revivir sus vidas pasadas. Alucinada y poética, la visión de los jureles plateados surcando el cielo. Grotesco y esperpéntico, el relato de la amputación de las piernas de Arístides, que aparecerá más tarde, cerrando un nuevo final, como imagen de tonos fellinianos, el cu-chepo que camina con las manos diciendo procacidades a las mujeres mientras suelta risotadas y que pide limosna con un platillo en la boca. La Elba seguirá buscando a su compañero de degradación, el Mocho seguirá en pos de su compañera de libertad pero, aunque los sueños persistan, el encuentro ya no será posible, sumidos los personajes en la nostalgia.

ANNA CARBONELL
Universitat de València